

## **AJAZIAHU EL JUSTO**

Por Camilo Ezagui Menashe

No hubo ningún milagro o portento. Tampoco hubo fuegos artificiales o revelación alguna. Simplemente lo supe...fué como una certeza que se apoderó de mí. Quizás por eso mi nombre es Ajaziah. Mi familia emigró a Israel desde Egipto. Hablaban árabe y por generaciones rezaban en hebreo: “El año que viene nos reuniremos en Jerusalén”. Pero ustedes seguramente se preguntarán qué relación puede tener el hijo de una familia egipcia desconocida con la misión de los 36 Justos.

Comenzaré por el principio. Mi abuela nació en Jerusalén en el seno de una familia pobre que había emigrado de Alepo. Hablaba hebreo, ladino, árabe e idish. Era una niña huérfana que a los 14 años fué enviada a El Cairo a casarse en contra de su voluntad. Su única dote era ser huérfana y jerosolimitana. Una gran “Mitzvá” para la próspera familia del novio. Mis padres se vieron obligados a salir de Egipto junto con otros miles de judíos que fueron expulsados después de la creación del Estado de Israel. Todos eran descendientes de una comunidad con un valioso legado que se remontaba a los tiempos del Segundo Templo de Jerusalén cuando el filósofo judío Filón de Alejandría se enfrentaba al antisemitismo griego ante el emperador Calígula.

Vivíamos en el pueblo de Ako en los austeros tiempos del racionamiento. En los patios del barrio jugábamos también con niños cristianos y musulmanes que vivían en la ciudad vieja. Mi mamá cocinaba en la casa la misma comida que ellos comían en sus casas. Ful, jumus, falafel, tajina, kube, tabule...Bebíamos del mismo tubo durante los calurosos días del verano. Corríamos empujando carretas destartaladas, montábamos la bicicleta de algún papá, jugábamos a policías y ladrones, vaqueros e indios...En esa época ya sentía que los judíos no gozaban de ningún privilegio a los ojos del Creador. Todos éramos “niños de la vida” tal y como lo diría una canción después. Al crecer esa sensación se volvió un saber. Todo vino a mí de una sola vez. El equilibrio del mundo no depende únicamente de la integridad física de los 36 Justos diseminados por el planeta. A lo largo de la historia, en cualquier lugar y sin relación con alguna religión, siempre hubo alguien como yo. El Justo 37.

Si, yo, Ajaziah de la familia Duek, el niño soñador cuyo nombre en Guimetria equivale a 37, se hizo adulto y comenzó a sustituir a todo Justo de los 36 que era víctima de la violencia o del infortunio. Así se evitaban catástrofes hasta que el próximo Justo tomara su lugar mientras el “Tikún” restablecía el balance cósmico.

La gente pensaba que yo no estaba bien de la cabeza durante los períodos entre un Justo y otro. Yo mantenía todo en secreto. No se me hubiera

ocurrido contarle a alguien. Yo subía a la cima de una colina cercana llamada Guivat Napoleón y entraba en trance en ayunas mientras pronunciaba descontroladamente una extraña letanía en un idioma incomprensible pero que me parecía el lenguaje de la Creación. Entonces la realidad era reemplazada por otra dimensión donde una especie de algoritmo que brotaba de mis labios se abría camino a través de la barrera del “Majsom” hacia lo que los cabalistas conocían como los “Mundos Superiores”. Era así como se formaba una realidad alternativa que esperaba el momento preciso para materializarse en este Mundo y repeler la calamidad. Lo único que quedaba de esos atributos entre una invocación y otra era la capacidad de susurrarle a los árboles, comunicarme con los animales y también saber qué estaba pensando realmente una persona. Pero sobre eso les contaré en otra oportunidad.

Mi familia no sabía cómo lidiar con mis arrebatos. Me desaparecía por horas. El médico dijo que quizás sufría de un desequilibrio mental. Con el tiempo me hospitalizaron en el hospital psiquiátrico que en la época del Mandato Británico sirvió de cárcel y que antes fuera una fortaleza turca construida sobre las ruinas de un monasterio cruzado.

Pasaron los años y de una hospitalización a otra ví cómo mis amigos de infancia se casaron y tuvieron hijos. Mórdejai que era el que más yo quería siempre me invitaba a los festejos que daba en su casa. “Ustedes no entienden a Ajaziah. El de verdad es un Tzadik!” (justo), le decía a todos. El sabía que había en mí algo extraño y diferente. Eso ocurrió cuando me sorprendió una vez murmurando serenamente lo que a él le pareció una plegaria. Fue entonces cuando me preguntó qué quiere decir la palabra “Pardés” (Huerto). Dijo que me escuchó repetir esa palabra una y otra vez. “¿Sobre la Kabalá escuchaste?”. “No”, me respondió. “Estudia y lo sabrás”, le dije sonriendo. En una ocasión señalé el mapamundi que tenía colgado en su cuarto y puse mi dedo sobre China. “¿Por qué China?”, me preguntó. “Porque un Justo ha sido víctima de una fatalidad ahí y todavía no hay quien lo reemplace”, pensé sin responderle. “¿Tú los ayudas?”. “Si”, le contesté. “¿Cómo?”, insistió Mórdejai. “Yo escucho una voz que me dice lo que hacer”...

En el hospital no les gustó lo de la voz. Me diagnosticaron esquizofrenia. No supe cómo reaccionar, aunque para cumplir con mi misión no importaba si subía a la colina de Napoleón o si estaba internado. Cuando se cernía sobre el mundo un cataclismo yo murmuraba las oraciones que brotaban de mi cabeza y el Tikún (la reparación) surtía su efecto prodigioso hasta que la “Ira” divina pasara.

Y entonces conocí a Abraham.

A Abraham lo trasladaron de un hospital de Jerusalén cuando los psiquiatras consideraron que ya no podían hacer nada por él. Abraham

subía al Monte de los Olivos y esperaba que alguien le trajera el burro blanco sobre el cual cabalgaría el Mesías a su entrada al Monte del Templo para que se cumplan las profecías. A veces se peleaba con el contrariado dueño de un pollino que no entendía qué quería Abraham el Mesías. Abraham fué enviado varias veces a redimir al Mundo pero siempre terminaba arrestado por la policía. “Meshugá!” (loco), le gritaba la muchedumbre. Yo también fuí objeto de burlas e insultos. Nadie nos preparó para soportar el rechazo. No esperábamos ser recibidos así. Por lo menos a Abraham le estaba permitido revelarse en público. “Suéltense, yo soy el Mesías”, gritaba desesperado mientras lo esposaban. Yo no podía revelar a nadie cuál era mi cometido así que gruñía y callaba. La misión del Justo interino era más importante que cualquier injuria proferida por mortales.

A Abraham lo golpeaban los enfermeros salvajemente antes de sedarlo. Siempre trataba de huir. “Debo regresar a Jerusalén, el burro blanco me está esperando”, me decía. Al principio yo trataba de defenderlo de las agresiones de los matones de bata blanca que agredían a los que se negaban a recibir el brutal tratamiento. Pero entonces yo también recibía unos cuantos empujones y puñetazos mientras nos ataban a ambos a las camas. Permanecíamos acostados por horas con las manos y pies atados. Yo me desesperaba, qué impotencia, sentía que me faltaba el aire como si me enterraran vivo. Abraham sufría el castigo en silencio después que le inyectaran por enésima vez una mezcla de poderosos calmantes. “Si así tratan al Mesías no me sorprende que también se ensañen contra un humilde sustituto como yo, decía para mis adentros.

Hasta el día que apareció otro Justo vestido de bata blanca. Su nombre era Emilio. Un jóven robusto y sonriente que estudiaba en la Universidad y trabajaba como auxiliar de enfermero para pagar sus estudios. Cuando estaba de guardia le pedía al siquiatra que nos soltaran por unas horas. Y cuando se desocupaba de sus quehaceres se sentaba a nuestro lado a escuchar los lamentos de Abraham. Yo no sentí la necesidad de contarle que yo era el Justo 37. Tenía la fuerte impresión de que él ya sabía. Me gustaba charlar con él. En una ocasión nos dijo que no es suficiente con ser buenos y que es preciso ser también valientes para derrotar al mal. La gente malvada, nos explicó, interpreta el silencio de los buenos como cobardía y su miedo los hace más poderosos. Así lo enseñó el dios Krishna, agregó. A veces nos explicaba también qué quiso decir el rabino Hilel el Anciano al sentenciar: “Lo que tú aborreces no se lo hagas a tu prójimo”.

Abraham se quejó ante él de que hay enfermeros que le pegan a los pacientes durante el turno de la noche. Las víctimas eran aquéllos que se resistían a recibir las inyecciones ponzoñosas sin la autorización de los

médicos. Los rufianes nocturnos se aseguraban así de tener una guardia tranquila sin incidentes que reportar. Ellos sabían que durante la noche se despiertan los demonios en la atormentada mente de los desquiciados.

El Justo de blanco al parecer quiso comprobar si las acusaciones de Abraham eran ciertas porque una noche se apareció sin previo aviso en el Hospital. Como a las nueve se escucharon unos gritos. Una mezcla macabra de insultos y pedidos de auxilio. Emilio corrió en dirección de los alaridos para encontrar a dos enfermeros tratando de inyectarle por la fuerza a un paciente indefenso el veneno que impediría que se despertara a un viaje nocturno por su laberinto mental.

Emilio consiguió rescatar al infeliz después de recibir unos cuantos empujones y amenazas. Al otro día pidió entrevistarse con la enfermera jefe. “Yo sé quiénes son”, dijo impasible la funcionaria y señaló los nombres de los asesinos del alma. “No puedo hacer nada contra ellos. Los únicos testigos que pueden confirmar tu denuncia son todos enfermos mentales. Nadie les va a creer. Además, es muy difícil encontrar personal que quiera trabajar con locos”. ¿No vas a hacer nada?, replicó asombrado el valeroso Justo de los 36. “No, y como ahora nadie quiere trabajar contigo no me queda más remedio que despedirte. No vuelvas más al Hospital”, espetó con frialdad sin mirarle a los ojos.

Si, el mundo es como es y no como quisiéramos que sea. La anhelada redención se retrasa de nuevo porque el Mesías está otra vez preso y abatido. Y yo, Ajaziah el Justo, no puedo hacer nada. Sólo el Mesías puede redimir al Mundo. Pero a mí no me van a someter porque no importa si estoy atado a la cama en el hospital o en la cima de la colina.

Hubo una época en que salían de aquí los caballeros hospitalarios del monasterio cruzado escoltando a los peregrinos en el camino a Jerusalén. Siglos después el caudillo árabe Al Yasar repelió el cerco impuesto por las tropas de Napoleón protegido por la fortaleza turca. Cuando los ingleses la convirtieron en cárcel usaron el lugar para ejecutar a los héroes judíos de la resistencia clandestina. Y aunque han pasado muchos años todavía es posible escuchar a Ajaziah el Justo en los desolados pasillos de lo que fuera el manicomio murmurando: “Pardés...Pardés...Pardés...”